EL FÉRTIL ABONA AL MUERTO, EL MUERTO ABONA AL VIVO

Un terapeuta introduce un *vhs* en una pequeña televisión. Un barrido de líneas de ruido distorsiona la imagen hasta que consigue asentarse con nitidez. Es un lento (casi congelado) atardecer de otoño tras un mirador, en algún lugar de Asia. Un riachuelo se pierde en el horizonte acompañado por la dulce melodía de un sitar. Un ocaso cualquier en el imperio del sol naciente. El terapeuta anda hasta la mesa del despacho, perfila el orden establecido moviendo lápices, alineando el teléfono de la consulta con la placa grabada con su nombre, guardando sobres e informes en el cajón del mueble. Cuando está tras la silla nivelando la horizontal del cuadro de su diploma, la televisión expulsa la cinta de video y el dulce ambiente creado hasta el momento se ve interrumpido por la irrupción de las noticias locales. Rápidamente se desliza hasta la mesa corredera que sostiene la pequeña televisión, introduce la cinta de nuevo y le propina un golpe seco en el lateral derecho. Con las palmas todavía extendidas sobre los laterales del televisor y la mirada fija en la pantalla, se aleja unos pasos como si sostuviera el rostro de alguien que ha perdido el control, del que espera su respuesta tenga el adecuado sometimiento proporcionado de paz y calma. La visión de aquel atardecer vuelve a la pantalla. Se aleja hasta su silla tras la mesa sin sacarle ojo de encima. Sentado, con los codos sobre los reposabrazos, sostiene un triángulo en sus manos acompasando un tintineo dedo a dedo, mientras dirige la mirada hacia el marco de la puerta, después al pomo y por último a la cerradura. De otro golpe seco, sacude la manga de su brazo izquierdo echando un vistazo al reloj. Coloca de nuevo sus manos dedo a dedo elevando aquel triángulo mientras dirige de nuevo la mirada hacia aquella puerta. De inmediato, el pomo gira y alguien entra precipitadamente; se trata de un hombre joven, debilitado, con las manos envueltas en gasas, arrugado estrechamente por los malos tiempos, esmirriado y frotado por los años como una hoja de papel entre las palmas de las

manos hasta volverse un hilo de celulosa, que entra a consulta espirando largamente, sudado y alterado.

-DOCTOR, doctor... han vuelto esas visiones, ya no son un mal sueño, ahora son reales.

-Justo a tiempo. Dígame. ¿Qué es lo que ha pasado? ¿Qué le ha pasado en las manos?

-Se lo explicaré más adelante, porque ahora... necesito desahogarme; espero que pueda entenderlo; tratan de abatirme continuamente, siento que me empujan contra el suelo.
esto me ha pasado en algún otro momento... como ahora, pienso que alguien pudiese estar imaginando que estoy aquí sentado hablando con usted, y no importa lo que diga, no importa lo que haga, quien acierte a pensarme ya sabe de lo que soy capaz, ya sabe por dónde van los tiros, e imagino que no queda nada que hacer, que solo soy un pobre fracasado cobarde y que la nimiedad de mi aliento no levanta a penas pasión ni corriente de aire en esta pequeña habitación; no puedo convencerle, ningún fogonazo, ninguna súbita luz cegadora cambiará aquí dentro la manera de ver las cosas que hay fuera; ni su mesa, ni este diván reclinable saltarán por los aires; entonces miro en dirección a un ángulo superior derecho o izquierdo y hay un agujero por el que me veo a mí mismo y caigo dentro, caigo en la cuenta de que soy yo quien está al otro lado imaginando que no puedo con todo..

-Entiendo, entiendo. ¿Eso es todo?

-De ninguna manera, doctor... a decir verdad, la sensación de agobio que sufro aquí dentro no tiene nada que ver en absoluto con la sensación de exhorto que me acompaña en la calle fuera; siento el fulgor de las miradas acusativas desprestigiándome; de afamado

transeúnte urbano a simple peatón y viandante, reducido entonces a la valía de un obstáculo o al menos, al cariño compasivo que se siente hacia un niño inocente... camino calle arriba y camino calle abajo, oigo risas y bocinas, silbidos de atención y el rugir de motores viejos; mujeres con las que me cruzo y no dedican siquiera una pequeña mirada de soslayo; mantengo la mirada fija, pero de reojo compruebo mi rastro, y veo también gente aburrida y es curioso, derrumbados sobre sus mesas de trabajo o gente pidiendo unas pocas monedas a cambio de una canción o un paquetito de pañuelos; entonces paro un segundo a anudar los cordones de mis zapatos y vuelvo a tener esa sensación por encima de mi cabeza, no importa a la derecha o a la izquierda, levanto la vista al cielo y ahí está ese agujero vacío, como una pequeña nébula de gas, se insinúa sobre el oxígeno, una angustia serpentina sobre si misma; agudizo la vista y veo mi cabeza, mi espalda, mis zapatos: soy yo ahí debajo, trato de arrancarme y me muevo ligero para sacármelo de la cabeza, pero la desazón me hierve la sangre y reconozco todo lo que han visto cuando yo los acertaba de soslayo y se vuelve una vergüenza, doctor, la estela arenosa de mi rastro, es curioso..

- Parece que vuelve a sentirse indefenso, diminuto... ¿Ha estado recientemente con alguna mujer?

- Doctor, tiene gracia que diga usted eso, tiene verdadera gracia... es curioso, lo cierto es que sí, sí, sí, he tenido algo que ver con una mujer no hace demasiado tiempo. A decir verdad, un asunto extraño. Al despertar aquella mañana, me senté en la cama, miré absorto un par de zapatos, la pequeña lámpara amarrada al mueble, la guía del armario... y me invadió irremediablemente el vértigo. Caso aparte, el resto ya lo sabe. Como ya le dije en otras sesiones, tengo la sensación de que si entro en un local cerrado como ocurrió aquella noche, soy tan parte del ángulo muerto como del foco de atención, a la misma distancia, desde cualquier punto, soy tan víctima de un

halago como de un reproche, no existe el término medio por el que la gente me tramita un leve interés y me recorren de arriba abajo con entusiasmado desdén o no me sacan ojo de la nuca atraídos por una insoportable sed de gratificante curiosidad, que no espera deleitarse demasiado pero que encuentra calma al saciar su ansiedad.. me acerqué entonces a la barra y golpeé los nudillos con entereza para responder a la suspicacia del camarero, como si me defendiera de sus presunciones y le obligara a reconsiderar su postura sobre ciertas cualidades que puedan darse a entender sobre mí mismo, y a las que por otro lado, no había tenido ocasión de entregarse... la marca de whisky no viene al caso, pero fue más de uno y menos de cinco, los tragos suficientes como para reblandecer la pulsión de mis nervios hasta conseguir algo de confianza y vigorizar con erección mi equilibrio, aunque por lo pronto tan solo lograra dar forma a la confusión del alboroto que me envolvía, y solo entonces consiguiera ver detalles en el recogimiento de sus rostros; gruesos bigotes ceñidos, gafas de pasta, fijación lasciva, brillo de loción y peinados grasos, ojos encolerizados y ojos de viveza infantil, bailes tímidos, coreografías de billar, cortejos jóvenes e inocentes de a dos, vestidos holgados, pantalones prietos, pechos hermosos, horribles rodales de sudor... y entonces, la vi a ella, sentada sola en una mesa, una decena de miradas indiscretas trataban de aletargarla para conseguir su atención pero mantenía la sonrisa de una compostura indiferente con su ceñido vestido rojo desde los hombros y holgado en adelante sobre su cintura y su pecho.. no cabía duda de que estaba fuera de sitio, que todos ellos eran los únicos aparentemente asustados frente al abuso. Y ella, aunque indiferente, garante de una socarronería que mostraba la confianza de su mirada entrecerrada y la pura naturalidad de sus movimientos, aun estando sentada... y fue un descuido del todo, un atrevimiento del todo innecesario que fuera a dar con mis ojos en los suyos y una casualidad de lo más burda que fuera entonces cuando se bebiera el resto de aquel vaso de un trago y me dirigiera la naturalidad de aquella sonrisa que manaba su

compostura casi de manera fortuita, puesto que, todo aquello tenía su gracia desde hacía ahora un rato... no obstante no fue hasta que se levantó y empezó a dirigir su paseo hacía mí, cuando empecé a sorprenderme y a sentir de nuevo cierta pulsión de mis, al fin, amaestrados nervios, aunque fue para nada, porque inmediatamente volví a perderlos ante aquella sigilosa maniobra que ponía a cubierto todas sus sombras bajo el conjuro pendular de sus movimientos certeros, que son exactamente los que terminan humedeciendo los sesos de los hombres… ante aquel contoneo padecí la simpatía que sentía la víctima por la dócil responsabilidad del oficio que encapuchado, ponía en práctica el verdugo, por lo que sabía que no podía culparla, y que eso, intuía, también en algún preciso momento, contribuiría a echarlo todo a perder.. no tenía ningún sentido, era como si las aguas se abrieran a la costra arrastrada de un ermitaño, como si un día de tormenta un rayo fuese a dar con la gallina del corral antes que contra los árboles del bosque, los pararrayos de la cubierta, las vacas del establo, las turbas de justicia popular, los negros en los graneros con las jóvenes campesinas, los perros pastores o los perros guía... ¿lo entiende? ¿eh? ¿a cuántos hijos bastardos le corresponde estar entre la nobleza? ¿cuántos fueron ahorcados? ¿por estadística? ¿nadie más que lo mereciera? ¿por qué yo? como sea, cuando se sentó a mi lado, el espeso vacío por el que me había estado moviendo y que repentinamente empezó a coger forma, a conseguir articularse en diminutas nimiedades, antes de desaparecer de nuevo, se reveló como lo que realmente había sido hasta ahora: un grito sordo que durante todo este tiempo tan solo había tratado de corresponder mi lamento; el cacareo del corral se volvió ridículo, el entusiasmo del bravío endeble, sus intenciones por salvaguardar nuestra paz y su calma, estúpidos arranques de pura vanidad humana, su ambición, un desastre. Todos los logros habidos y por conocer perdieron su sentido cuando después de la aprensión de los malos tiempos sobre mí, ella decidió mirarme, sentarse aquí... se acomodó, separó las piernas y susurró cercana, <<Una botella no

puede permanecer descorchada por mucho tiempo; o se cierra o se vacía...>> Doctor, las mujeres fabulan sus estrategias entre un amplio despliegue de sutilezas. A mí en principio siempre me habían cogido desprevenido, y así pidió más de lo mismo, un poco de aquello que no recuerdo, unas cuantas veces. Me preguntó mi nombre y a qué me dedicaba, pura formalidad que me trajo a la memoria el hundimiento de la rutina, pero ¿qué otra forma hoy día? ¿cómo reprimir la convención del protocolo sin dar un torpe codazo? en un principio ante su aburrida disposición prestablecida, la di por perdida, pero no fue hasta que me atreví a dirigirle una mirada más de cerca, no fue hasta que levanté la vista de la barra cuando di con el misterio de bruces en su cara, la hermosa complejidad de sus gestos dando nuevos márgenes a la belleza, su piel tersa refugiada bajo su carpa de pelo rizado... ¿qué escondía? se desdoblaron las juntas de mis hemisferios para fortalecer la postura de los argumentos sobre los que se batían afincados; uno hablaba con los muertos y el otro sentía la lógica acogedora del miedo y yo no era capaz de decir nada, ella preguntaba y preguntaba aunque no mostraba sensación alguna, no acompañaba su interés de ninguna emoción, y no fue hasta después de unas copas más que me atreví a reprobarla;

- ¿Por qué me haces todas estas preguntas? –le exigí- ¿qué es lo que buscas?
-Te conozco- me dijo -te conozco, no espero ninguna respuesta que ya no sepa.
-Si me conocieras, te recordaría, no hay duda. Usted además de hermosa, está equivocada.
-No es cierto, le he visto antes.
-No sabe lo que dice, déjeme en paz.

Doctor, me levanté entonces, y me dirigí a la puerta. Me gritó que esperase, que estaba loco, que a donde iba... que dónde iba. ¿Puede

creerlo? sorteé las miradas incrédulas de entre la gente como si me abriese paso a machete entre la densa maleza de la selva, cuando por fin salí por la puerta me sentía como un soldado que dejó atrás las estatuas de sal y piedra ante los desgarrados gritos sensuales de la mayor orgía en Sodoma a manos de la tribu de Medusas más hermosas a la que un guerrero se entregaría, a la que un hombre como yo, tan solo se rendiría. Calle abajo la desazón no era del todo heroica. ¿Y si no mentía? ¿y si de verdad me conocía? azogado por la paranoia y asediado por la armoniosa labor de las preguntas sin respuesta, doctor, caí en la cuenta de que apenas resulté en preguntarle de qué me conocía, cuándo y por qué. ¡Qué estúpido! bajé la calle receloso de dar media vuelta, pero con la entereza decidida con la que golpee aquella barra. ¡Ha quedado claro! estoy totalmente decidido, y así sean mis elecciones estigmas que debo mostrar con la vanagloria de las cicatrices tras la más puta de las batallas... ninguna batalla que recuerde a mi espalda, así que eso era ella, una puta. Una fulana en busca de la traza arenosa y la borrosa estela de mi paso. Habrase visto alguna vez pretexto más bobo, que nos conocemos, y apenas si la recuerdo... entonces, calle abajo, al volver la esquina, doctor, entonces la sorpresa del misterio de su belleza se volvió una cosa muy simple, poco delicada y sin mayor importancia, cuando apareció ante mis ojos, a pocos metros de mi cara, en las escaleras a puerta de mi casa. <<¿Cómo coño lo has hecho?>> le dije <<¿Qué es lo que quieres de mí?>> no podía olvidar la solemne obviedad de tenerla ante mí, desnuda, bajo aquella prenda. No podía quitármela de la cabeza, doctor. Una terrible pulsión me llevaba a tratar de descubrirla, abrirme paso dentro y conseguir descifrar el misterio de su belleza. Me dijo;

-Vives aquí, ¿no es cierto?

Miré las llaves en mi mano, que ya había sacado de mi bolsillo poco antes de torcer la esquina, todavía con ánimo de blandirlas en la cerradura.

-No, no es cierto, no vivo aquí. Hay muchas cosas que no sabes sobre mí.

-Sé que serías incapaz de dejarme deambular sola por ahí. Es peligroso para una chica como yo, andar por ahí. ¿No es cierto?

-La verdad es que no, no creo que suponga ningún problema. Hay una cabina de teléfono aquí a la vuelta, y tienes una estación de policía algo más lejos en esa dirección.

- ¿Por qué lo haces tan difícil?

- ¿Hacer el qué?

-Es igual, no importa, de cualquier manera, se avecina una tormenta y no hay razón para andar por ahí de esta manera, ni debieras permitirlo.

Levanté los ojos por encima de los edificios y certifiqué en voz alta que no había rastro de chubasco en la noche de este cielo abierto. Y como vino ella, entonces, el cielo se cubrió. Tal y como se lo digo, no podía creerlo. Comenzó a llover a cantaros, Doctor.

-No importa -le dije- no importa, sube arriba y llamaré a un taxi.

-Por supuesto -me dijo

Doctor, mientras abría la puerta me preparaba para lo peor. Yo apostaría lo que fuera a que podría haber hecho parar la lluvia,

revirtiendo la forma en que la provocó. Pero estaba dispuesta a ir hasta el final por conseguir subir arriba y yo estaba a punto de saber por qué. Arriba abrí una botella, me puse un vaso, me senté junto al teléfono y descubrí con poco entusiasmo que no había línea. A decir verdad, creo que ni siquiera me escuchó, cuando de sopetón saltó sobre la cama y me dirigió esa misma mirada del bar que me clavó antes de andar hacia la barra. Ahora, sin embargo, era yo el que iba hacia la barra libre de un servicio que acabaría conmigo, joven, esmirriado, mellado por dos pulgares de ojeras, borracho, entumecido de pasión con la entereza brava del animal en celo. Salté sobre ella, nos desnudamos, bebí de su copa, languidecí sus raíces, la puse contra las cuerdas durante horas a través de posturas incómodas, me desarmó con sus conocimientos de la carne, me vino a la memoria un recuerdo de una experiencia que nunca tuve; el amor y las mujeres hermosas, pero no, solo un lechón de carne que restregar en lo más bajo de mi estómago, que morder, que azuzar... el amor no es eso, el amor era dominante, silencioso, esclavizando tus horas de provecho, tus horas de trabajo, tus horas de tristeza y tus horas de entusiasmo: no se trataba de una ocupación a la que dedicarse, si no que te mantendría ocupado, haciendo inventario, contando las horas, distraído comprobando la dilatación de los intersticios de silencio residual que embriagan las articulaciones del día a día.. lo desconocido amedrentando lo conocido y, aunque ella lo estaba consiguiendo, no había duda de que no era trigo limpio. Todo eran vagas suposiciones, doctor, hasta que dijo:

-Eres hermoso, todo un hombre.

La miré en silencio entonces.

-¿Cómo dices?

-Eres mío. Nunca olvides darme lo que me pertenece.

Me enfureció, doctor. Pero la pulsión de mis nervios me impedía dejar de encaramarme a ella de aquella manera, tenía lo que quería, el misterio de su belleza al desnudo, y no era suficiente... continuó doctor, no era suficiente, se volvió halagüeña, algo demasiado extraño, no lo entendía del todo. Me estaba haciendo polvo, todas esas cosas al oído y aquella especie de aplastamiento a la contra, desde algún extraño rincón de mi cabeza que volvía costura barata y débil los estribos de mis nervios, que reblandecía su pulsión bajo una lluvia de remordimientos... esa contraposición me tenía en medio, esmirriado, retorcido, desgastado, mientras bombeaba entre sus muslos, pensé que yo era una ramilla seca de romero sobre dos piedrecitas de duro cuarzo y que conseguiría prenderme fuego, que eso era lo que quería, acabar conmigo, prenderme de un chispazo y conseguir lo que buscaba, hasta que dio en el clavo;

-Eres hermoso, un hombre del todo. Inteligente, bravo, un buen pedazo.

Inquieto, me eché a un lado, doctor.

-¿Qué estás diciendo?

Se sonrió en silencio entonces. No enseñó un diente, trazó un semicírculo de labios. No movió un músculo.

-¿Crees que necesito escuchar todas esas cosas sobre mí?

Sin dejar de mantener esa sonrisa escalofriante, dirigió sus ojos a mis espaldas, perdió la mirada como una muñeca de porcelana en un rincón de la habitación. Entonces me di la vuelta, y cojones, de nuevo, ahí estaba.

-¿Qué vio usted ahí?

-Uno de aquellos hedores húmedos en el aire. Sobre el gran espejo de la habitación, un agujero tras una cortina de gas. Un reflejo. Eso es lo que buscaba cuando me puse en pie. Pero no era yo frente a mi reflejo lo que encontré en aquel espejismo. Efectivamente, estábamos en aquella misma cama, pero ella ya no estaba entre nosotros... entre nosotros le digo, que solo estaba yo, algo alterado... imagínese, aspavientos de cólera, sacudiendo sábanas ensangrentadas y arrojando sus hermosas vísceras por mi propio cuarto... fue horrible doctor, aquella visión, fue horrible.

-¿Y?¿Qué es lo que pasó?

-Doctor, ¿usted qué cree que pasaría en mi situación? me siento continuamente malogrado por indiscreciones y anzuelos que tiran de mí en muchas direcciones. Aguijones trabados en la piel, mordiscos... con frecuencia me siento atrapado en un cepo ¿qué pasaría entonces si alguien se inclina sobre su cara con esa mirada provocativa, con el extraño amago de darle un beso en la nariz? tratando de anegar mi virilidad desde una postura maternal. Le diré lo que pasa, que usted le muerde la garganta...

-¿Le mordió usted la garganta?

-No, doctor, por supuesto que no. No mordí ninguna garganta. Mucho menos mordería aquella preciosidad suya. Me resulta algo desagradable incluso, imaginar que alguien sea capaz de hacerlo. Me resulta también complicado imaginar qué ha sido de ella, pero más tarde o más temprano, alguien le echará el guante, y le aseguro doctor, de que antes de que acabe el día, alguien habrá lamido esa garganta... qué lejos quedan esas insinuaciones inocentes sobre mujeres a prueba de hombres, como reservas vírgenes de crudo a las

que solo tiene acceso la maquinaria más sofisticada; cruzadas laberínticas a través de la psique de una buena mujer que no se ha dejado mangonear por los tentáculos del tiempo a la contra mientras sostiene con el mismo ímpetu un deseo de conservación por vivir.. en su lugar, en tiempos de bajeza los hombres son los primeros en doblegar su entereza y con ella agudizan la picaresca de su malicia, entrometidos por atentado de falsa bandera en el corazón de la civilización humana, que es nada más y nada menos que la hermosa belleza de la mujer... malogradas por el engaño, se avienen a la obligación de aceptar cualquier clase de hombre, introducidas al menos por la promesa de quedar contra las cuerdas, asumen la pérdida de un par de asaltos, o al menos encajar los golpes... ¿va bien? se preguntan entre miradas indiscretas ¿por cuánto más mantendréis las posiciones? un combo coreográfico o el fracaso absoluto. Por ello, doctor, es duro contraer consciencia con la realidad y comprobar que estamos a la altura de unas expectativas fabulosas, surrealistas... ¿qué merecemos? ¿cuándo una mujer empieza a saber lo que quiere y cuándo termina de sentir las carencias de afecto que exige un amor propio falseado con el narcisismo que predican los hijos de nuestro tiempo?; y lo peor de todo, ¿hasta dónde están dispuestas a llegar por conservar un hombre que bien les sirva, o que merezca la pena?"

-¿Qué quiere decir con esto?

-¿Qué quiero decir con esto? lo siento doctor, yo soy tan partidario de la imparcialidad como lo es usted, compartimos la misma nula capacidad de intervención y en cuánto a un único problema solo soy capaz de tomar por solución la múltiple interpretación de todos los sentidos envueltos en una perspectiva multidisciplinar; ¿qué quiero decir con esto? quiero decir que estoy trastornado doctor, estoy trastornado, estoy trastornado, trastornado.

-De acuerdo, es evidente, sin embargo ¿Se consiguió desembarazar de ella? ¿Qué pensaba ella? ¿Pero..., qué es lo que pasó cuando volvió la mirada a su rostro?

-Cuando volví a mirarla, reconocí en sus palabras el rastro apestoso de saliva que perdura en la selectiva memoria a corto plazo de todos los reproches que yo mismo me dirijo, la vi envolviendo con premeditada dulzura sus halagos, tratando de disimular el veneno que burbujea en la superficie del caldo de cultivo donde una mujer de su talento los salvaguarda en remojo; pude ver a través de su naturaleza y la descubrí distraída guiñando un ojo delante de un espejo; no me malinterprete doctor, no considero de alborozo que una mujer se vanaglorie de sus suaves circunspecciones, que solo por una dinámica concatenada de casualidades vuelven la integración de su presteza una ciencia de impacto demográfico, como también reconozco la extraña fascinación de los hombres por su belleza, y esto es en cualquier rango de edad, todo el mundo que no sea ella; digo que nada ni nadie que muestre cierta convicción por reconocer que los sentimientos que me consuelan como hombre extraordinario son los del amor propio o aproximado a un sano apego por el ser humano, puede merecer mi confianza, ni por lo tanto en las condiciones que han sido generadas estas tesituras, mi respeto.

-¿Usted no siente respeto por sí mismo?

-Exactamente, ¿cómo podría hacerlo y no negar con ello la certeza de otras aseveraciones que me contradicen, en algunos aspectos, con mayor consistencia? Sería como desmembrar la verdad absoluta para encontrar consuelo en una respuesta fragmentada; no tiene ningún sentido.

-¿Y se asombra de que una mujer pueda halagar su virtud? Privada del conocimiento de todos esos secretos que la convendrían para

elaborar un juicio justo según su criterio, no me parece gran cosa. Es usted quien las mantiene lejos.

-Nunca he negado que mi disposición no fuere abrazar la distancia

-¿Puedo saber qué es lo que hizo a continuación?

-La desnudé a mi lado y le pedí que se pusiera en pie, todavía en la cama le besé el culo. Después me levanté y le sacudí un puñetazo al espejo, lo que me ocasionó como comprenderá todas estas heridas bajo mis manos envueltas en gasas. Inmediatamente después, ella desapareció.

-¿Dónde fue esa mujer?

-No tengo ni la más remota idea

-¿Me está diciendo que desapareció sin más?

-Eso es, contuvo aquella sonrisa y todavía desnuda salió por la puerta

El doctor se puso en pie junto a la mesa mirando con dureza al paciente.
Volvió su paso hacia la cafetera de la repisa.

-¿Café?

-Ni hablar doctor, ni hablar. Imagínese apagando un incendio con gasolina en una pérgola de madera, mientras sirva esa taza.

-Comprendo

El terapeuta se sirve una taza de café y durante el primer trago, la armonía del sitar vuelve a interrumpirse. El video escupe la cinta y vuelve la última hora de las noticias locales:

“.. en lo que calculan fueron 36 horas desde el primer encuentro, ¿qué sucedió desde la desaparición hasta la aparición del cuerpo durante día y medio? ¿a qué clase de vejaciones fue sometida la víctima hasta conseguir semejante acabado irreconocible?..”

Asumiendo inquietud en la dureza de su mirada, el terapeuta vuelve a introducir la cinta sin levantar un ojo del paciente, casi aguardando un sobresalto. Es entonces, cuando el paciente se dirige a él;

-Doctor, ¿le puedo hacer una pregunta?

-Por supuesto.

-Disculpe, en realidad quería decir, si podía ser yo el que hiciera las preguntas ahora.

-Usted amortiza su hora de terapia.

-Lo tomaré como una bendición. ¿Cree que se pueden averiguar los secretos a través del lenguaje gestual?

-Lo dudo soberanamente.

-Antes, cuando hice esa referencia a la complicidad que existe entre usted y yo, no estaba siendo vagamente divertido. ¿Qué era eso que dije? Lo decía en serio

-¿Que era usted tan partidario de la imparcialidad como era yo?.

-Eso es Doc. Así es. Tal vez añadiría algo más y desmentiría ciertos matices puramente estéticos, pero en general...

-¿De qué habla?

-Dije muchas más cosas, Doctor.

-No me cabe duda.

-Espero que no le quepa una falange de duda por el culo, y no reconozca en público que asiste al espectáculo en calidad de oyente.

-No se preocupe.

-En absoluto, ya que como trato de decirle, estamos en contacto.

-Cada semana que lo necesite.

El paciente gruñe entre dientes agarrando sus puños envueltos de gasas.

-No es eso doctor...

-¿Qué le ocurre? ¿Se encuentra bien?

-Doc, dígame... ¿cree que se puede aprender de qué pie cojea un orador tullido por su discurso?

-Insiste de tal manera, que, de ser posible, admito, nunca sería capaz de entenderlo por mí mismo.
-Doc, ¿no cree que prestando atención a las lecciones que predica, se puede averiguar algo al respecto de los traumas del terapeuta?

-Um, ¿es posible?

-Usted y yo compartimos un vínculo. Se trata de un niño que consigue agarrar su sueño y disfrutar ese tacto esponjoso que siempre ha imaginado. Usted y yo, hemos sido distanciados por el tiempo, pero hemos sido cultivados en los estados de consciencia más elevados, donde se marchitan los asuntos terrenales y solo florecen las espirales sinuosas de un rocío que humedece el terrario de los sesos, bendiciendo la colecta de la cosecha con los pensamientos más puros. Estamos en el centro de la misma mirada. El alcance de su pronóstico es tan agudo como la ávida inestabilidad de mi paranoia.

-¿A qué viene todo esto? ¿No existe ninguna mujer, no es cierto?

-Existió, desde luego que existió.

-Mintió cuando dijo que desapareció voluntariamente… ¿no es cierto?

-Solo mentí cuando ella intervenía, mientras relataba mis profundas inquietudes y no hay manera de que eso consiga emborronar el brillo de nuestra razón de ser.

-¿Nuestra razón de ser? ¿De qué está hablando?

-Si nuestros semejantes no hacen nada para evitarlo y el orden natural más que con ojo clínico, actúa en derribo, me ofrezco voluntario para enmendar los desajustes que nos han apartado del camino. Debería pararse cuanto antes, todo esto. El amor propio es una mercancía peligrosa que está a punto de hacernos volar por los aires. Necesito mandar un mensaje, dar testimonio con mi propio sacrificio. Con el de aquella hermosura.

-¿Qué tenía que ver ella? ¿Qué le hizo?

-Todo ocurrió exactamente al revés, pero en la misma dirección. Sería, algo así como haber vuelto de espaldas, y menos divertido, pero más mórbido entre todas aquellas preguntas sin respuesta sobre mi calle, la lluvia, la comisaría, y el teléfono, borracha perdida... Ella lo era todo, la piedra angular del equilibrio entre un continente vacío y un horizonte de conocimiento. Sin ella, usted y yo solo somos dos reductos malogrados por el conocimiento empírico. Sin vagas pasiones, ni vigorosas pulsiones, que nos ancle al mundo de los vivos, usted y yo..

-¿Usted y yo? No hay ningún <<nosotros>> en esto. Es usted despreciable. Estoy en la obligación de llamar a las autoridades.

-¿No quiere saber por qué lo hice? Es solo un asunto que durante un solo momento, quedará entre usted y yo..

El terapeuta hace un amago de inclinarse hacia el teléfono, pero dubitativo y temeroso, vuelve a reclinarse sobre el respaldo.

-Esta época levantada entre Cristos redentores de cemento y circuitos de tiempo líquido, no se ha visto nada parecido... pero yo sí que lo he hecho, yo lo he visto.

-Qué vio.

-El dinero, las mujeres, esa vida de ostentaciones, es una jaula con barrotes de oro.
Lo que viene dado no se debe tratar de retener, ya sabe, y ella se fue antes de que pudiese explicárselo...

Tras reunir algo de coraje e intentar de nuevo alcanzar el teléfono, el paciente se pone en pie con la sonrisa burlona

-Como le dije antes, me desmentiría de alguna cosa, como eso que dije de que compartimos la misma nula capacidad de intervención. Como ya habrá comprobado, yo actúo.

El paciente entonces se deshace de las gasas y descubre unas manos heridas por cortes realizados posiblemente con los mismos cristales que seguían allí clavados; a pesar de su complexión, aparta la mesa con un solo brazo como si fuese de cartón y se abalanza sobre el doctor hasta envolver su cabeza entre el codo y el sobaco.

-¡Suélteme! –grita- *¡Ayuda!*

-¡No se resista Doc.! ¿NO LO ENTIENDE? Alguien dispuso el dinero, alguien corrompió nuestro espíritu, y la traición vino desde adentro. Desde cualquier ángulo muerto puede usted mismo corroborar como una mano negra dispone de esto y lo otro... entienda que no importa, el margen de acceso lo cubre el dinero. Usted, Doctor, Maestro, de conocimiento desconocido como el alcance de la luz que emite durante el ocaso el horizonte, pero garante como una cabeza disecada de ganso. Usted es el elegido Doc.... casualmente, pero nada sucede en mi vida por casualidad. Es doloroso de admitir, pero de ninguna otra manera conseguiré mantener la calma al entender lo necesario de mi propio sacrificio. Yo, paciente, aprendiz curioso, discípulo, dispuesto a ejecutar voluntariamente la dupla del <<harakiri>>, a practicarme el <<seppuku>> por la misma causa mayor, Doc. le pondré fin a esto para que nuestro silencio en el universo se escuche más alto que los sueños que mascullamos vivos. Recuerde a Mishima cuando la deshonra golpeó Japón, aquel pobre oficial debió haber sido el emperador...

Se alinea retorciendo su cuello junto al suyo y posa una de las cuchillas atravesadas en su palma al compás de sus cuellos

-Por último Doc. Sobre lo último que dije, aquello de que en cuánto a un único problema solo soy capaz de tomar por solución la múltiple interpretación de todos los sentidos envueltos en una perspectiva multidisciplinar... aunque algo espeso y estúpido, usted me entiende, ¿recuerda? En esta época... una época enferma de narcisismo, donde creer en uno mismo nunca había sido tan peligroso. Con mi obra solo diagnostico los cuadros sintomáticos de una epidemia silenciosa, Doc. soy la persona con la que comparto mi tiempo, no puedo evitarlo, y eso lo explica todo. No es por hacer bien, Doc. Lo sé... no es por dejar de ser positivo, es por obcecarme sobre el extremo de la balanza que nos haga perder el equilibrio, que, por falta de honestidad entre excedentes de cinismo endogámico, nos aleja de los principios más básicos; no lo hago para mal. No es por ser negativo, Doc., créame es por compensar el desequilibrio como ha intentado hacer la discriminación positiva; es por habernos reducido demasiado tiempo a un absurdo de supremacía, que a falta de ser realista solo es posible la templanza a través de un afilado baño frío de humildad. Puede que el narcisismo sea la respuesta a un mundo demasiado tácito, Doc., es paradójico, la gente dice lo que piensa, pero no piensa antes de hablar... como si vivieran en un letargo sostenido de complacencia, y su toma de contacto fuese un irreversible avasallamiento. No me cabe duda, la aptitud de un hombre para salir adelante se resume en su habilidad para derribar los muros con su lenguaje, y contemplar diáfano el mundo en el que vive.

Al terminar de hablar, el paciente arrastró la cuchilla de un cuello al otro y los dos cayeron desplomados entre espasmos de agonía, desangrándose a borbotones. Antes de olvidarse todo lo sucedido, un boletín informativo ampliaría la cobertura en las noticias locales.